



CAPÍTULO IX

Lo peor era que Orlov había iniciado torpemente a Paulina en el secreto de su simulado viaje, ordenándola que le llevase ropa blanca a la calle de Serguievskaja. Desde aquel momento, Paulina miraba a Zenaida Fedorovna con pérfido placer y con un odio cuya razón no conseguía yo adivinar. No dejaba de manifestar su alegría por carcajadas, en su cuarto y en el vestíbulo.

—¡Ya has permanecido demasiado tiempo en esta casa, y vas a tener que marcharte!—exclamaba llena

de júbilo!—Debieras haberte percatado tú misma de ello.

Su olfato le revelaba que Zenaida Fedorovna no debía quedarse más tiempo en casa de Orlov, y, sin perder un minuto, robaba a la joven frascos, horquillas de concha, pañuelos, botas...

Al día siguiente a la fiesta de año nuevo, Zenaida Fedorovna me llamó y díjome a media voz que no encontraba su traje negro. Después empezó a recorrer la casa, pálida, asustada, indignada, hablando consigo misma:

—¡Esto es demasiado!... ¡es demasiado!... ¡qué audacia tan inaudita!...

Al cenar quiso servirse sopa; mas no pudo: le temblaban las manos, sus labios se estremecían. Y súbitamente, sin poderse contener, miró a Paulina.

—¡Váyase, Paulina! — dijo. — Me basta con Stepane.

—No importa, señora; puedo quedarme.

—No hay necesidad. Nada tiene usted que hacer aquí. ¡Márchese!— continuó Zenaida Fedorovna, que

se levantó muy agitada. — ¡Lárguese inmediatamente!

—No puedo irme sin que me lo mande el señorito. Él es quien me ha tomado. Haré lo que el señor mande.

—¡Yo se lo mando! ¡Yo soy la dueña de esta casa!—dijo Zenaida Fedorovna, poniéndose muy colorada.

—Fácil es que sea usted la dueña de la casa; pero el único que puede despedirme es el señor, porque él es quien me admitió.

—¡No se quedará aquí ni un minuto más!—gritó Zenaida Fedorovna, golpeando el plato con el cuchillo. ¡Es usted una ladrona! ¿Lo oye?

Zenaida Fedorovna arrojó la servilleta sobre la mesa y, con cara compungida y dolorosa, salió rápidamente del comedor.

Paulina salió también, sollozando fuertemente y gruñendo. La sopa y los tordos se enfriaban. Y no sé por qué, todo aquel lujo de fonda parecióme entonces mezquino, escaso, tan falso como la ladrona Paulina. Los dos pastelillos, en su plato, eran lo que más miserable se me

antojaba. «Hoy nos devolverán a la fonda, parecían decir, y mañana serviremos para cualquier empleado o quizá para alguna célebre cantante...»

—¡Vaya! ¡Vaya! ¡Qué gran señora!—oía yo refunfuñar a Paulina en su cuarto.—¡Si hubiera yo querido, tiempo ha que fuera una gran dama como esa!... ¡Pero yo me avergonzaría!... ¡Veremos cuál de las dos sale de aquí la primera! ¡Sí, lo veremos!

Zenaida Fedorovna me llamó. Estaba sentada en un rincón de su cuarto, y parecía una colegiala castigada.

—¿No ha habido telegrama?—me preguntó.

—No, señora.

—Baje a la portería: tal vez haya alguno abajo... Luego, no salga de casa—añadió cuando me iba:—temo quedarme sola.

Después, casi de hora en hora, tuve que ir a preguntar al portero si había algún telegrama.

* * *

¡Qué doloroso periodo hemos pasado! Para no tener que soportar la presencia de Paulina, Zenaida Fedorovna comía y tomaba el té en su cuarto, en donde permanecía casi todo el día, acurrucada en un estrecho sofá en forma de C. Ella misma se hacía la cama.

Al principio me encargaba a mí que llevase sus partes al telégrafo; pero en vista de que no obtenía respuesta, desconfió de mí, y los expidió luego ella misma. Acabé por acechar yo mismo, con impaciencia, la llegada de un telegrama. Esperaba que Orlov idease cualquier mentira, que se arreglase para que Zenaida Fedorovna recibiera un telegrama de cualquier estación... «Aunque los naipes le absorban por completo—pensaba yo—o aunque se dedique a cortejar a otra mujer, tiene, sin embargo, a Grouzine y a Koukouchkine para recordárnosle...» Pero esperábamos en vano.

Todos los días entraba yo va-

rias veces en el cuarto de Zenaida Fedorovna, muy decidido a descubrirle la verdad. Mas ella me miraba con ojos de cierva, bajaba la cabeza, agitaba los labios, y yo salía sin haber pronunciado una palabra. La compasión me quitaba el valor.

Paulina, como si no hubiera sucedido nada, arreglaba contenta el despacho de Orlov, su cuarto, registraba armarios, sacudía ruidosamente la vajilla y siempre tosía o tarareaba al pasar por el cuarto de Zenaida Fedorovna. Satisfaciale ver a su dueña confinada de ese modo por su causa. De noche, salía y no regresaba hasta las dos o las tres de la mañana. Yo me veía obligado a abrirle la puerta y a aguantar sus recriminaciones acerca de mí. Inmediatamente después de su campanillazo, sonaba otro; corría yo al cuarto contiguo al gabinete de Orlov, y Zenaida Fedorovna, con la cabeza en la abertura de la puerta entornada, me preguntaba:

—¿Quién ha llamado?

Y me miraba las manos para ver si contenían algún telegrama.

Al fin, el sábado, cuando llamaron abajo y se oyó en la escalera la voz tan conocida, tuvo tal alegría Zenaida Fedorovna, que prorrumpió en sollozos.

Corrió al encuentro de Orlov, le rodeó con los brazos, besóle el pecho, las mangas del abrigo, farfuleando palabras inarticuladas. El portero subió las maletas; resonó la alegre voz de Paulina. ¡Creyérase realmente que un sér querido venía a pasar las vacaciones con su familia!

—¿Por qué no me has teleografiado ni siquiera una vez?—repetía la joven, ahogándose de alegría.—¿Por qué?... ¡Si supieras entre qué tormentos he vivido todos estos días!... ¡Oh! ¡Dios mío!

—¡Por una razón muy sencilla! El senador y yo tuvimos que ir casi en seguida a Moscou; y no he recibido tus telegramas—respondió Orlov.—Esta noche, después de cenar, te contaré los detalles de mi viaje; ahora, me caigo de sueño... ¡Qué interminables se hacen los trayectos en vagón! ¡Dormir! ¡dormir! ¡dormir!

Se veía que no había podido dor-

mir en toda la noche, que sin duda dedicaría a jugar y acaso a beber. Zenaida Fedorovna le dejó en la cama, y todos anduvimos de puntillas hasta la noche...

La cena se deslizó muy bien; luego, al tomar el café, que se sirvió en el gabinete, hablaron.

Zenaida Fedorovna hablaba a media voz, en francés, rápidamente. Su voz imitaba el murmullo de un arroyo. Después oyóse un profundo suspiro de Orlov, que contestaba también en francés:

—¡Dios mío! ¿no tienes noticias más frescas que esa fastidiosa y sempiterna cantinela de la doncella malvada?

—¡Es que me ha robado, me ha dicho groserías, querido!

—¿Cómo no me roba a mí? ¿Por qué no me dice a mí insolencias? ¿Por qué no sospecho yo nunca la existencia de las criadas, de los ayudados de cámara, de los porteros? Tienes capricho y te falta genio. Hasta presumo que estás en cinta... Cuando te propuse despedirla, exigiste que se quedara. Ahora exiges que se la despida. Pues bien,

siendo así, yo también soy terco: a caprichos respondo con caprichos. ¿Tú quieres que Paulina se vaya? ¡Pues bien, yo quiero que se quede! Ese es el único medio de curarte los nervios.

—¡Bueno! ¡Está bien!—dijo tímidamente Zenaida Fedorovna;— no hablemos más del asunto... Y ahora, dame noticias de Moscou.





CAPÍTULO X

EL día siguiente, 7 de febrero, festividad de San Juan Bautista, Orlov, después de almorzar, se vistió de frac, luciendo una condecoración, para ir a felicitar a su padre.

Debía salir a las dos, y cuando terminó de vestirse no era todavía la una y media. ¿Cómo pasar esa media hora?... Orlov se paseaba por la sala, recitando las poesías de circunstancia que, antaño, exponía a sus padres el día de su fiesta onomástica. Zenaida Fedorovna, que también se preparaba para salir, para ir a ver a la modista o de compras, estaba allí y escuchaba, sonriente, declamar a Orlov.

No sé cómo empezó su conversación; pero, cuando llevé los guantes a Orlov, hallábase éste ante Zenaida Fedorovna y, con voz de fastidio y súplica, le decía:

—¡Por Dios y por lo que te sea más sagrado, no machaques sobre cosas que todas sabemos ha tiempo! ¡Qué desdichada propensión tienen nuestras mujeres inteligentes y pensadoras a proferir, con aire profundo y furiosa animación, sentencias que exceden hasta a sus mismos palmetazos! ¡Si consistieses en borrar de nuestro programa conyugal esos graves problemas!... ¡Cuánto te lo agradecería!

—Sí, ya comprendo: ¡nosotras, las mujeres, no podemos tener opinión propia!

—¡Sí, mujer, sí! Te doy plena libertad; sé radical, cita los autores que te plazca; pero concédeme el no atacar nunca en mi presencia ninguno de los dos temas siguientes: la corrupción del gran mundo y la anomalía del matrimonio... Comprende de una vez que se denigra a la alta sociedad para oponerla al otro mundo en que viven los tenderos, los

popes, los burgueses y los *mujikes*... Por lo demás, ambas clases sociales me son igualmente odiosas, pero si me propusieran elegir lealmente una u otra, escogería sin titubear la alta, y no fuera pedantería, pues a ella se encaminan todos mis gustos... Fútil y vulgar es el mundo a que tú y yo pertenecemos; pero, siquiera, sabemos expresarnos poco más o menos correctamente en francés, leemos un poco y, en el período efervescente de nuestras disputas, no cambiamos sino palabras más o menos vivas. En tanto que en la pequeña sociedad de los «Zidoro» y los «Nikita», en donde el libertinaje y la embriaguez y un paganismo grosero reinan, es el puño quien arregla las diferencias.

—El tendero y el mujik te alimentan.

—¿Me alimentan? ¿Y qué?... Si eso es deshonroso para mí, no lo es para ellos menos... Me alimentan y se descubren ante mí: luego no tienen talento suficiente ni lealtad para proceder de otro modo... Además, ni alabo ni censuro a nadie; sólo digo que la alta sociedad y la otra allá se

van. Mi espíritu y mi corazón se sublevaran contra ambas; pero no obstante, he adquirido mis gustos en aquella... Esto, en cuanto al primer punto se refiere... Ahora, en lo que respecta al matrimonio, que a ti te hace el efecto de una anomalía—añadió Orlov, consultando el reloj,—debieras penetrarte bien de que no lo es; lo que ocurre es que en ese punto, tus exigencias son más bien vagas... ¿Qué buscáis en el matrimonio? En el fondo, en las uniones legales o libres, en una palabra, en todas las uniones, buenas o malas, lo esencial es siempre la *cosa*... Vosotras las mujeres, no vivís más que para esa cosa, que lo es todo para vosotras, y sin la cual os parecería exenta de sentido la existencia. No necesitáis nada, salvo la *cosa*, y ésta es lo que buscáis ante todo. Pero, desde que leéis las novelas modernas, halláis en ello como un resabio de vergüenza, y por eso vais de acá para allá, variando de hombres a ciegas y proclamando la anomalía del matrimonio, para justificar vuestra agitación... Si no podéis ni queréis renunciar a esto, que, por otra

parte, es vuestro principal enemigo, vuestro angel malo, a quien continuáis sirviendo como esclavas, ¿qué serán las conversaciones graves? Digas lo que dijeres, éstas no serían más que frases y fórmulas. No te las creeré nunca.

Salí para encargar un coche. Cuando volví, estaban en plena disputa. Como dicen los marinos, había refrescado la brisa.

—Veo que hoy quieres asombrarme por tu cinismo — declaraba Zenaida Fedorovna, presa de intensa emoción, paseándose por la sala. Tus ideas me repugnan. Yo soy pura ante Dios y ante los hombres; no tengo que arrepentirme de nada... ¡Sí, he dejado a mi marido! ¡Sí, he venido a vivir contigo, y me enorgullezco de ello! ¡Te juro por mi honor, que me enorgullezco!

—¡En ese caso, está muy bien!

—Si fueras hombre recto y honrado, también te gloriarías tú de mi acto, que nos eleva a ambos por cima de miles de gentes... ¡Cuántas mujeres, cuántos hombres seguirían mi ejemplo si la timidez o los cálculos mezquinos no se lo impidieran!...

Pero no eres hombre honrado: he ahí la cosa. Temes la libertad, te mofas de los arrebatos del corazón, por miedo a que un imbécil te considere como hombre franco. Temes presentarme a tus amigos; para tí, el peor tormento es salir conmigo, el presentarte tú mismo, en la calle, en mi compañía... ¿No es, acaso, verdad? ¡Atrévete a decir que no es verdad!... ¿Por qué no me has presentado aún a tu padre y a tu prima? ¿Por qué?... ¡Ah! ¡no; al fin ya estoy harta de todo esto!—exclamó Zenaida Fedorovna golpeando con el pie.—Reclamo aquello a que tengo derecho. ¡Vas a presentarme a tu padre!

—Si necesitas a mi padre, ve a presentarte tú misma a él. Recibe de diez a diez y media de la mañana.

—¡Qué innoble eres!—replicó Zenaida Fedorovna torciéndose las manos.—Sin duda no eres sincero en este momento; dices cosas que no piensas; pero mereces ser execrado por la sola crueldad de tus palabras... ¡Ah! ¡qué hombre tan innoble eres!

—Hablamos, hablamos hasta lo in-

finito, sin llegar al punto capital, y el punto capital es que te has equivocado y no quieres reconocerlo. Te habrás imaginado que yo era un héroe, imbuido de no sé qué ideal extraordinario. Y ha resultado que, en realidad, soy simplemente un funcionario muy vulgar, un aficionado a los naipes, y que no tengo vocación alguna para «ideas». No soy sino un retoño perfectamente adecuado de ese mundo corrompido de donde has huido, rebelada por su vanidad y su vulgaridad. Confíesalo, pues, y sé justa: no te enfades conmigo, sino contigo misma, porque no soy yo quien te ha engañado, sino que tú te has engañado a tí misma.

—Si, me he engañado, lo confieso.

—¡Enhorabuena! ¡Alabado sea Dios! Por fin llegamos a lo esencial... Ahora, haz el favor de escucharme. Elevarme yo hasta tí, no puede ser, que estoy demasiado pervertido. Tú no puedes rebajarte hasta mí, siendo como eres en exceso sublime. Por consiguiente, sólo queda por hacer una cosa...

—¿Qué?—preguntó ansiosamente

Zenaida Fedorovna, reteniendo el aliento y volviéndose de pronto tan blanca como una hoja de papel.

—Nos queda el recurso de invocar la lógica...

—¿Por qué me desgarras de ese modo, Jorge?—dijo, en ruso, Zenaida Fedorovna, con voz cascada.—¿Por qué? ¡Hazte cargo de lo que padezco!...

Orlov, a quien asustaban las lágrimas, se fué a su gabinete. ¿Querría causarle más daño aún, o recordaría que así solía procederse en casos análogos? Fuera como fuese, el caso es que cerró tras sí la puerta con llave.

Zenaida Fedorovna dejó escapar un grito y salió en persecución de Jorge, con gran zalagarda de faldas.

—¿Esto más?—exclamó, llamando a la puerta.—¿Qué significa esto?—añadió, con voz entrecortada por la indignación.—¡Ah! ¡Así obras! ¡Sabe que te odio y te desprecio! ¡Sabe que todo ha concluido entre nosotros, todo!

Estallaron lloros convulsos, mezclados con risas. De la mesa de la sala cayó algo que se rompió.

Orlov se deslizó del gabinete al vestíbulo, por otra puerta, y dirigiendo tras de sí miradas despavoridas, púsose rápidamente el abrigo y salió.

Transcurrió media hora; luego, una.

Zenaida Fedorovna seguía llorando. Pensé que no tenía ella padre ni madre, nadie en el mundo; que vivía aquí entre un hombre que la detestaba y Paulina, que la robaba, ¡y cuán desoladora me pareció su existencia!

Sin percatarme bien de lo que hacía, entré en la sala, para verla. Ella, aquel modelo de belleza fina y delicada, padecía como una enferma; abismada en una otomana, ocultándose el rostro, temblábale todo el cuerpo.

—¿Desea la señora que vaya a avisar a un médico?—le pregunté tiernamente.

—No; no es nada—me contestó, mirándome con sus hermosos ojos de desconsuelo.—Me duele un poco la cabeza. No será nada... Gracias.

Me retiré.

Por la noche escribió una carta, y me mandó ya a casa de Pekarsky, ya a la de Grouzine, ya a la de Koukouchkine, con orden de hallar a Orlov a todo trance y entregársela. Y, cada vez que se la devolvía, colmábame de reproches, me suplicaba, me ponía dinero en la mano obrando como bajo el dominio de ardiente fiebre.

No durmió en toda la noche. La pasó en la sala, monologando.

El siguiente día, Orlov vino a cenar. Se reconciliaron

* * *

El jueves siguiente quejábase Orlov a sus amigos de la intolerable existencia que a la sazón llevaba:

—¡Esto no es vida!—decía.—Es un suplicio... Lágrimas, sollozos, consideraciones filosóficas, gritos, súplicas, imploraciones de perdón... y como resultado, ya no tengo casa. Estoy atormentado, y atormento a ella constantemente.... ¡Y pensar que esto puede prolongarse todavía uno o dos meses!...

—¡Ten una explicación con ella!—dijo Pekarsky.

—Ya lo he intentado; no hay medio. A un sér formal que reflexiona, se le puede decir cualquier verdad. Pero yo he de habérmelas con una mujer que no tiene ni voluntad ni genio ni lógica... Yo no sufro el llanto; me desarma. Cuando llora, estoy dispuesto a jurarle amor eterno y a llorar con ella.

Pekarsky no lo entendía. Rascóse, pensativo, la vasta frente, y respondió:

—Escúchame. Alquila un piso aparte para ella. ¡Es tan fácil!

—¡Pero lo que ella quiere no es un piso, sino a mí!... ¡Oh! ¡qué inútiles son todos esos consejos!—exclamó Orlov, tras un suspiro.—Oigo sobrados discursos y pareceres y consejos, pero ni siquiera entreveo salida para mi situación. En verdad, soy un culpable inocente. Tengo un empleo que nunca ambicioné. Toda mi vida he rechazado el papel de héroe; toda mi vida he rechazado las novelas de Tourgueniev, y hé aquí que ella me obliga a hacer de héroe de novela... Por más que le doy pa-

labra de honor de no ser en modo alguno héroe, y por más que le doy pruebas irrecusables de ello, no me cree. ¿Por qué? ¡No lo sé! ¿Tendré por ventura algo heroico en mi fisonomía?

—¡Debiera usted decir que le encargan otra vez de una misión por alguna provincia lejana!—dijo Koukouchkine, riendo.

—En efecto, no tengo más remedio.

Ocho días después comunicaba Orlov a Zenaida Fedorovna que estaba de nuevo agregado a la persona de un senador, en viaje de inspección.

La misma noche, se fué con sus maletas a casa de Pekarsky.



CAPÍTULO XI

ANTE mí, en el vano de la puerta, estaba un anciano; iba envuelto en un abrigo de pieles hasta el suelo y cubierto con una gorra de castor.

—¿Está Jorge Ivanitch?—me preguntó.

Al principio, creí que era un usurero, uno de los acreedores de Grouzine, que venían a veces a cobrar en casa de Orlov pequeñas cantidades por cuenta de aquel personaje. Pero, así que hubo penetrado en la antesala y desabrochado el abrigo, vi aquellos labios contraídos con una arruga característica y aque-

llas pobladas cejas que los retratos me habían hecho familiares; vi también dos filas de placas en un vestido de uniforme. Y reconocí al visitante: era el padre de mi amo, era el célebre hombre de Estado.

Le contesté que no estaba Jorge Ivanitch. El anciano apretó fuertemente los labios y reflexionó unos segundos, volviendo la cabeza y enseñando su perfil seco y desdentado.

—Voy a dejarle dos palabras. Acompáñame.

Quitóse los chanclos, pero se quedó con el largo y pesado abrigo. Pasó al despacho y sentóse ante el escritorio.

Antes de coger la pluma, volvió a reflexionar unos tres minutos, poniéndose la mano ante los ojos a modo de visera, como para preservarlos del sol, como lo hacía su hijo cuando estaba de mal humor. Tenía cara melancólica y pensativa, con esa expresión resignada que sólo he observado en personas viejas y devotas.

Yo estaba en pie detrás de él, mirando su cráneo calvo y su nuca, y me persuadí, con la claridad del

día, de que aquel anciano enfermo y caduco estaba en mi poder.

Mi enemigo y yo nos hallábamos solos en el piso. Me bastaba hacer un pequeño esfuerzo físico, arrebatarse luego el reloj del viejo, para simular un robo, y huir, al fin, por la escalera de servicio; por ese acto conseguía yo infinitamente más de lo que pudiera esperar al colocarme de ayuda de cámara... Y me repetía que probablemente nunca se volvería a presentar ocasión tan propicia...

Pero, en vez de obrar me limitaba a examinar con absoluta indiferencia, ora el cráneo calvo del anciano, ora su abrigo; meditaba yo tranquilamente las relaciones que podrían existir entre él y su hijo, y pensaba que los hombres mimados por el poder y la riqueza no deben de tener ganas de morir.

—¿Hace mucho que sirves a mi hijo?—me preguntó, trazando grandes letras en el papel.

—Poco más de dos meses, Exce-lencia.

Acabó de escribir y se levantó. Aún estaba yo a tiempo. Me ani-

maba, me reprendía a mí mismo crispando los puños, intentando exprimir de mi alma aunque sólo fuera una gota del odio que abrigaba antes. Me acordaba del enemigo apasionado, obstinado e infatigable que antes era yo para ese hombre... Mas es difícil encender una cerilla frotándola contra una piedra gastada. Aquella vieja cara melancólica y el brillo frío de sus veneras no me inspiraban más que pensamientos breves, obvios, vulgares, acerca de la fragilidad de las cosas terrenas, acerca de la inminencia de la muerte...

—¡Adios, buen hombre!—dijo el anciano, poniéndose la gorra.

Y se marchó.

No había duda alguna; en mí se había operado un cambio; yo era otro hombre. Sin embargo, para comprobar esta impresión, me sumí en mis recuerdos; pero, al instante, me invadió un sentimiento de ansiedad, como cuando se aventura uno por un rincón oscuro y húmedo. Me acordé de mis compañeros, de mis relaciones, y mi primera idea fué la

de que me avergonzaria y turbaria terriblemente si encontrara a alguno de ellos.

¿Qué era yo entonces? ¿A qué debía decidirme? ¿Qué podría hacer en lo sucesivo? ¿Por qué vivía?

Mis ideas se embrollaban y no distinguía claramente más que una cosa: que tenía que liar el petate en el acto y marcharme. Antes de la visita del anciano, mi papel de lacayo podía tener un objeto; después de esa visita era ridículo.

¡Lágrimas caían de mis ojos a la maleta abierta; invadióme una tristeza insoportable y entráronme locas ganas de vivir!... Quería abarcar y englobar en mi corta vida cuanto es accesible al hombre. Tenía a la vez violento deseo de hablar y de leer, de dar martillazos en una fábrica y de tomar el rumbo en un navío, y labrar la tierra. Me atraía la Perspectiva Newsky ¹, y también el campo y el mar, y todo cuanto sólo mi imaginación podía alcanzar.

1) «Perspectiva» es el nombre con que se designan en Rusia las calles anchas y largas.

Volvió Zenaida Fedorovna. Corrió a abrir la puerta, y con particular ternura, ayudó a la señora a despojarse del abrigo: ¡era la última vez!...

* * *

Aquel día tuvimos otras dos visitas. Por la tarde, a hora bastante avanzada—ya era casi de noche,—se presentó inesperadamente Grouzine, que venía a buscar no sé que papeles para Orlov. Abrió un cajón del escritorio, sacó los documentos que necesitaba, hizo con ellos un rollo que me rogó que dejase en el recibimiento al lado de su gorra, y fué a saludar a Zenaida Fedorovna.

Esta se hallaba en la sala, tendida en un sofá, con los brazos replegados sobre la cabeza. Hacía ya casi una semana que Orlov había salido para su viaje de inspección, y nadie sabía cuando iba a volver. Pero Zenaida Fedorovna no expedía ya telegramas ni esperaba. Aparentaba no ver a Paulina, que seguía en casa. En la palidísima e impasible cara de la dama leía yo estas palabras: «Poco me importa todo».

Entonces, lo mismo que Orlov, obstinábase en sentirse desgraciada. Por capricho y de despecho contra sí misma y contra todos, pasaba días enteros en el sofá, inmóvil, sin desear ni esperar más que cosas malas... Probablemente se figuraría el regreso de Orlov y las inevitables discusiones, su indiferencia creciente para con ella, sus traiciones, la ruptura... Y tal vez le causarían cierto placer esas imágenes dolorosas. Pero ¿qué diría si conociera repentinamente la verdad?

—¡Comadre—dijo Grouzine, inclinándose ante ella y besándole la mano,—le quiero a usted mucho, comadre! ¡Es usted tan buena!... ¿Y Jorgín? ¿Está de viaje?... ¡Qué picarón!

Tomó asiento, suspirando, y estrechó cariñosamente la mano de Zenaida Fedorovna.

—Permítame quedarme un rato con usted, paloma mía—añadió.—No tengo apenas ganas de volver a mi casa, y todavía es muy temprano para ir a la de los Birchovs... Hoy es el día de Catalinita, su hija... ¡Es una chiquilla monísima!

Le sirvió té y una botella de aguar-

diente. Tomó el té despacito, a disgusto, y devolviéndome la taza, me preguntó tímidamente:

—¿No tiene algo... para tomar un piscolabis simplemente? Todavía no he cenado.

Nada había en casa: fui a la fonda de donde traje lo primero que encontré para cenar.

—¡A su salud, paloma mía! —dijo a Zenaida Fedorovna, tomando una copa de aguardiente.—Mi hija, su ahijada, me ha dicho que dé a usted recuerdos... ¡Pobre niña! Es un poco escrofulosa. ¡Ah! ¡Los hijos! ¡Los hijos! No importa; por más que usted diga, es muy agradable ser padre. Jorge ignora ese sentimiento; no lo entiende.

Bebió otra copa. Flaco, pálido, con el pecho protegido por una servilleta, que en él parecía un barbero, comía ávidamente, alzando las cejas, y echaba miradas furtivas ya a Zenaida Fedorovna, ya a mí, como un niño temeroso de que le sorprendan haciendo alguna travesura. Parecía muy pronto a desahacerse en llanto si yo le negase asado o gelatina.

Una vez saciado el apetito se puso contento y empezó a contar, riendo, chismes de la familia de Birchov. Pero al ver que su narración no interesaba a Zenaida Fedorovna, calló.

De pronto, reinó el aburrimiento.

Estaban sentados en la sala, alumbrada ésta por una sola lámpara y ambos callaban. A él le avergonzaba mentir. Ella quería preguntarle algo, pero no se decidía. De ese modo transcurrió una media hora. Grouzine sacó el reloj:

—¡Caramba! Ya es hora de que me marche.

—No; quédese un ratito más... Hablaremos.

Nueva pausa.

Grouzine se sentó al piano y lanzó un acorde. Luego, ejecutó y cantó:

—¿Qué me reserva el día de mañana?

Pero, interrumpiéndose, según su costumbre, se levantó y movió la cabeza.

—¡Toque algo, compadre! —dijo Zenaida Fedorovna.

—¿Qué puedo tocar?—repuso, en-

cogiéndose de hombros.—Lo he olvidado todo. ¡Hace tanto tiempo que descuido el piano!

Mirando al techo, como para acordarse, ejecutó con admirable gusto, dos piezas de Tchaikovsky; ¡y con qué expresión, con qué ardor! Su rostro era el de siempre, ni inteligente ni estúpido; y para mí era verdaderamente un milagro que, un hombre acostumbrado a vivir en un medio tan abyecto, fuese capaz de tan elevado y puro sentimiento.

Sonrojáronse las mejillas de la joven, que empezó a andar por la sala.

—Espere, comadre, quizá me acuerde de una pieza que he oído tocar en violoncelo—dijo Grouzine.

Timidamente, al principio, y titubeando, buscando las notas, pero luego con seguridad y soltura, atacó *el Canto del Cisne*, de Saint-Saëns. Después repitió la pieza.

—¿Verdad que es bonita?—preguntó.

La joven, cada vez más emocionada, se detuvo junto a él, diciéndole:

—Compadre, respóndame franca-

mente, como amigo: ¿qué piensa usted de mí?

—¿Qué quiere que le diga?—contestó Grouzine alzando las cejas.—Mucho la quiero, y no pienso sino bien de usted, únicamente bien... Si desea conocer mi opinión, en general, sobre la cuestión que le interesa—continuó, sacudiéndose la manga junto al codo y amohinándose,—le diré que no siempre el seguir los impulsos del corazón procura felicidad a las gentes buenas. Para vivir independiente y dichoso, creo que hace falta no ocultarse que la vida es ruda e implacable en su conservadurismo y responderle como se merece, es decir mostrarse no menos implacable y rudo en las tendencias a la libertad.

—¡Sí; pero no es para mí eso!—exclamó Zenaida Fedorovna, sonriendo tristemente.—Yo estoy ya cansada, compadre. Tan cansada, que no movería un dedo por mi salvación.

—¡Métase monja, comadre!

Esto lo dijo a modo de broma, pero sus palabras hicieron brillar lágrimas en los ojos de Zenaida Fedorov-

na, y también luego en los suyos propios.

—¡Bueno!—continuó, enjugándose los párpados.—Ya llevo largo rato importunándola. Hasta otro día, comadrecita; adiós, amiga querida. ¡Que Dios le dé salud!

Le besó ambas manos, después de habérselas estrechado fuertemente, y prometió volver, sin falta, a los pocos días.

Al ponerse las mangas del abrigo, que parecía de niño, registró detenidamente los bolsillos para ofrecerme una propina; pero no halló nada.

—¡Buenas noches!—me dijo, entre suspiros.

Y se fué.

Nunca se me olvidará la impresión que tras sí dejó ese hombre. Zenaida Fedorovna continuaba paseándose, trastornada todavía, por la sala. Que se agitase, que sacudiera su torpeza, ya era algo.

Quise aprovechar esa circunstancia para hablarle seriamente, dispuesto a marcharme al instante. Pero apenas se hubo marchado

Grouzine, cuando oí otra vez el timbre.

Era Koukouchkine.

—¿Está Jorge Ivanitch?—preguntó.—¿Ha vuelto?... ¡Cómo! ¿aún no? ¡Cuánto lo siento!... ¡En ese caso, voy a besar la mano a la señora de la casa, y salgo!... ¡Zenaida Fedorovna!—gritó.—¡Desearía besar su manecita! ¡Dispéñeme una visita tan tarde!

Quedóse poco tiempo en el salón, unos diez minutos a lo sumo. Pero me parecía que llevaba allí una eternidad y que no se iría nunca. Me mordía los labios de despecho y de cólera y hasta detestaba ya a Zenaida Fedorovna.

«¿Por qué no lo despedía?» refunfuñaba yo, aunque, según toda probabilidad, le agradaba muy poco la compañía de Koukouchkine.

Al tiempo de presentarle yo la pelliza, me preguntó, como para demostrarme benevolencia particular, cómo diablos podía vivir sin mujer.

—Sin embargo creo que no pierdes el tiempo—añadió, riendo:—seguramente copulas con Paulina... ¡Bribozuelo!

A pesar de mi experiencia de la vida, en aquella época conocía yo mal a los hombres, y quizás exagerase detalles insignificantes, sin ver tal vez los puntos esenciales. Aquella noche creí adivinar que el animal de Koukhouchkine no me adulara en vano; acaso, en mi calidad de criado, iría yo por todas las cocinas del barrio a contar que él venía a nuestra casa de noche, en ausencia de Orlov, y se quedaba con Zenaida Fedorovna hasta altas horas de la noche. Y así que mis chismes llegasen a oídos de sus amigos, él les amenazaría con el dedo, bajando los ojos con aspecto profundo.

¿Y no adoptará él mismo — pensaba yo, examinando su cara melosa, — esta noche, al jugar a cartas, cierta actitud, y no dejará escapar como por descuido, algunas frases que autoricen a creer que ha suplantado a Orlov, ante Zenaida Fedorovna?

Aquel odio que tanto me había faltado por la mañana, cuando la visita del viejo Orlov, apoderábase entonces de mí.

Al fin nos había librado Kou-

kouchkine de su presencia; y yo que escuchaba, desde el dintel, disminuir el ruido de sus botas en la escalera, sentía fuertes deseos de arrojarle un juramento, a manera de adiós. Mas, cuando ya no oí sus pasos, volví al vestíbulo, y sin percatarme bien de lo que hacía, cogí el rollo de papeles olvidado por Grouzine y salí afuera precipitadamente, como loco. Sin abrigo y descubierta, me lancé a la calle. No hacía frío, pero soplaban viento y la nieve revoloteaba en grandes copos.

—¡Excelencia!—grité, alcanzando a Koukouchkine.—¡Excelencia!

El se detuvo junto a un farol y dió media vuelta, mirándome, perplejo.

—¡Excelencia!—repetía yo, sin aliento.—¡Excelencia!

Y, no hallando más que decirle, le crucé dos veces el rostro con el rollo. Sin comprender, sin parecer siquiera extrañarse, por grande que fuera su estupefacción, recostóse contra el farol y se protegió la cara con las manos.

En aquel momento, pasaba un

oficial: vió que yo pegaba a un hombre. Por lo demás, limitóse a examinarnos a ambos con cierta sorpresa, tras lo cual, prosiguió su camino.

Entonces me avergoncé, y volví a casa, corriendo.



CAPÍTULO XII

CON la cabeza mojada de de nieve, entré, jadeante, en mi cuarto de criado y en el acto me quité la librea para vestirme un traje mío. Luego, arrastré mi maleta al vestíbulo... ¡Huir!

Pero, antes de huir, volví a mi habitación, me senté ante una mesa y escribí a Orlov:

«Dejo a usted mi falso pasaporte. ¡Consérvelo como recuerdo de mi persona, señor funcionario de San Petersburgo, hombre falso!

»Introducirme con nombre supuesto en una casa, observar tras la más-